



## LAS PALABRAS Y LOS ACTOS. ECOS REPUBLICANOS EN LA ESCRITURA DE ANDRÉS SOREL / WORDS AND ACTS. REPUBLICAN ECHOS IN THE WRITINGS OF ANDRÉS SOREL

**CARLOS SÁINZ-PARDO GONZÁLEZ**  
Université Grenoble Alpes

Recibido: 10/04/2019

Aceptado: 23/05/2019

**Resumen:** Este trabajo se propone llevar a cabo un análisis de las evocaciones de la cultura republicana en la escritura de Andrés Sorel. Se abordarán sus ensayos biográficos o novelescos, sus obras puramente ficcionales, así como sus manifestaciones culturales a favor de la Segunda República. Veremos cómo el conjunto de su obra constituye un crisol escritural que se dirige, a través de la disidencia frente al relato hegemónico, hacia la emancipación y hacia la libertad del pensamiento humano.

**Abstract:** This work aims to study the evocations of republican culture in the writing of Andrés Sorel. His biographical or fictional essays, his purely fictional works, as well as his cultural manifestations in favor of the Second Republic, will be addressed. We will see how his whole work constitutes a scriptural melting pot that is directed, through dissidence vis-à-vis the hegemonic narrative, towards emancipation and the freedom of human thought.

**Palabras clave:** Andrés Sorel, republicanismo, disidencia, ensayo, novela, manifiestos.

**Key words:** Andrés Sorel, republicanism, dissidence, essay, novel, manifestoes.

*La burguesía española estima que pensar es un crimen y que el filósofo no se diferencia gran cosa del bandolero [...]. El origen intelectual de los movimientos de izquierda que trajeron consigo el triunfo de la República le ha hecho concebir un odio implacable hacia la inteligencia. La política, en particular, le parece el peor de los males.*

Juan Goytisolo

«Repúblicas podridas, siniestras y repulsivas como monarquías las ha habido y las hay en muchos países del mundo. [...] Yo creo en la duda. Odio las afirmaciones, los catecismos, los conceptos rígidos, las palabras a las que hay que someterse, que se utilizan al antojo de quien gobierna, de quien impone la ley y de quienes marcan los principios»<sup>1</sup>. De esta manera desafiante y provocadora respondía en una entrevista el escritor segoviano Andrés Sorel (1937-2019) a su concepción de la república como forma de Estado. Obviamente, en esta declaración insiste sobre qué contenido ponemos detrás del concepto de *república*, que no tiene por qué ser buena *per se*. En ese sentido, Sorel ha manifestado en múltiples ocasiones su preocupación por la manipulación —o incluso prostitución—, que sufre el lenguaje debido a quienes ejercen el poder:

Uno de los grandes temas de nuestros días es encontrar una nueva reformulación para las palabras que se han vaciado de significado, que se han pervertido por el uso perverso que de ellas se ha realizado, que hay que volver a poner en marcha con otras formulaciones y utilizaciones distintas: democracia, comunismo, luchas sociales, culturas libertarias, república, derechos humanos, independencia de los pueblos, solidaridad (Galeote, 2008).

Nacido en plena Guerra Civil en el seno de una familia humilde, el escritor fue ante todo consciente desde su infancia del rechazo absoluto hacia todo lo que fuera eclesiástico, debido a la connivencia de esta institución con la dictadura franquista. Así lo expresa en su ensayo *Siglo XX. Tiempo de canallas*: «Desde niño odiaste a los curas, despreciaste a la Iglesia y dejaste de creer en los cuentos religiosos y en el ojo del gran Dios [...]. La literatura parecía darle la espalda a Dios» (Sorel, 2006b: 40). Este anticlericalismo es omnipresente en la obra del autor, como rechazo y cuestionamiento de toda forma de poder (político, eclesiástico o militar). En ese sentido, podríamos asociar este rasgo a la herencia republicana que vela por la separación entre la Iglesia y el Estado, como se hace constar en el artículo 3º de la Constitución republicana de 1931. En definitiva, desde su infancia, primero de una manera emocional y posteriormente desde una postura militante y racional de

<sup>1</sup> Sorel, A. (27 de julio de 2013). Entrevista inédita de C. Sáinz-Pardo. Barco de Ávila.

combate, el autor ha forjado tanto por su obra como por su acción una verdadera resistencia intelectual al franquismo, y una solidaridad más o menos explícita con los valores de la Segunda República<sup>2</sup>.

En este trabajo nos proponemos analizar de qué manera aparecen esas huellas de la cultura republicana en la obra de Andrés Sorel, entendiendo esta en un sentido amplio. En un primer momento, abordaremos cómo se rememora la República a través de la figura de intelectuales, escritores y políticos republicanos a los que el autor ha dedicado una obra, bien como ensayo biográfico o bien a la manera de una biografía novelada. A continuación, abarcaremos la dimensión puramente ficcional de su producción novelística, a través de los personajes que representan esos valores republicanos y analizaremos de qué manera se han visto traicionados por las fuerzas represivas del poder. Finalmente, trataremos sobre la perpetuación de los valores republicanos a través de las intervenciones públicas del autor (conferencias, coloquios), así como a través de sus publicaciones periódicas, tales como la revista *República de las Letras* o en la firma de manifiestos.

## Evocación de la cultura republicana

A partir de su regreso del exilio francés, hacia 1974, la producción ensayística de Andrés Sorel se ocupará de los escritores críticos y rebeldes, proscritos por la dictadura franquista, y solidarios con los valores republicanos. Es el caso de los poetas Antonio Machado, Miguel Hernández, Federico García Lorca, Luis Cernuda o incluso Antonio Gamoneda. Igualmente, la evocación de otra figura política emblemática del comunismo español es la de su biografía novelada de Dolores Ibárruri "Pasionaria", con la que pudo compartir algunos momentos en el exilio.

El interés de Sorel por estas figuras de la cultura republicana se debe justamente a la reivindicación de una memoria que había sido manipulada u ocultada por el franquismo, pero también se debe a la intención de crear una brecha epistemológica disidente dentro de los consabidos homenajes que se les rinde desde el poder. Como lo expresa en *Siglo XX. Tiempo de canallas*:

Porque los verdugos de la historia nunca mueren. En recientes años, por ejemplo, pudieron comprobarlo García Lorca, Luis Cernuda, María Zambrano. Los asesinos del ayer, para silenciarlos definitivamente, les rindieron homenajes, con las camisas blancas que bordaron en su día, para que sustituyeran, cuando fuera necesario, a las azules de sus parientes más

---

<sup>2</sup> En definitiva, el propósito del periodo republicano, a través de sus reformas sociales, culturales y administrativas, fue el de «convertir a España en un Estado democrático y socialmente avanzado» (Gil Pecharromán, 1997: 105).

cercanos y tenerlo así todo, como dispuso el gran jefe de la tribu, atado y bien atado (Sorel, 2006b: 30).

No sin cierta dosis de sarcasmo, esta corrosiva cita hace referencia a cómo la memoria republicana es aún víctima de una cierta apropiación por parte del poder, a través de esos homenajes oficiales que no representan más que una herencia y continuidad de los valores represivos (esas “camisas azules que se tornan blancas”) en los tiempos democráticos para el autor. Frente a este discurso hegemónico se alza la voz disidente y combativa de las publicaciones de Andrés Sorel.

De este modo, en la contraportada de su ensayo biográfico *Guía popular de Antonio Machado* (1975), se presenta una biografía no al uso, con un estilo diferente al habitual: «una biografía que, alejándose de las mitologizaciones y hagiografías, intentase dar una visión sencilla y real de ese poeta que escribió para el pueblo» (Sorel, 1976). Sorel reivindica aquí, en el centenario de su nacimiento, la figura de Antonio Machado como un autor *popular*, lo cual nos conduce en cierto modo a la propia etimología de la *república*, es decir, la *res pública* o cosa pública, lo que es de interés general. En un intento declarado de velar por una cultura profundamente revolucionaria como ingrediente clave para la emancipación de la sociedad<sup>3</sup>, Sorel expone en la introducción al ensayo su crítica a la gestión elitista que se ha hecho del poeta, y del que reivindica su “absoluto dominio público”:

[...] pocos son quienes consideran la necesidad de extender la comprensión creadora y humana de intelectuales destacados en la historia al alcance de las más amplias gentes de su país. Grave error, deformante incluso de su propia figura, cuando se trata de alguien que, como Antonio Machado, jamás estuvo de espaldas al pueblo: antes bien, obsesión fue en él escribir para ese pueblo, vivir sin traicionar las posibilidades de liberación y desarrollo —en el más amplio sentido de la palabra— de ese pueblo (Sorel, 1976: 5).

De hecho, Antonio Machado fue uno de los primeros firmantes para la creación en Segovia de la Universidad Popular en 1919, como indica Sorel. Dentro de esas huellas republicanas, podemos destacar en el ensayo sobre Machado algunos pasajes que evocan este periodo. El 14 de abril de 1931, fecha de la proclamación

---

<sup>3</sup> Como señala Sorel en una entrevista para la revista *Ozono* en 1977: «Me limito a escribir y a hablar en público, insistiendo en la necesidad del protagonismo político del pueblo, del hecho de la revolución cultural, de estar más atentos que a las personas o a los hombres al estudio de los problemas reales que tiene hoy planteados nuestra sociedad. Intentar elaborar culturalmente una alternativa humana, diaria, política, para que esas personas a las que hablo se planteen su propio ser y estar, no solamente en la tierra, sino hasta en su militancia política, que se lo planteen en el sentido de no ser nuevos conversos, fieles de una nueva religión, sino partícipes de un proceso que sólo ellos han de hacer» (Claudín, 1977: 31-32).

de la Segunda República, el poeta se encontraba en Segovia, donde participó en todos los actos públicos relativos a la llegada de este nuevo marco democrático. Con una fuerte tensión estética que exalta el entusiasmo y la alegría de la jornada describe Sorel este momento histórico:

Machado está en Segovia. Las noticias llegan precipitadas. El rey huye. Suenan músicas y se cambian banderas en los ayuntamientos de pueblos y ciudades. Las gentes se lanzan a la calle creando un día de fiesta. Machado se dirige a la Casa del Pueblo, cercana al Azoguejo, y de allí, en manifestación que engrosa con ciudadanos llegados de todas las esquinas de la ciudad, sube la calle Real, camino de la Plaza Mayor. [...] La plaza se ha llenado de luz, de brillante sol. Ábrense ventanas y balcones. Vomitan las bocacalles hombres, mujeres, niños sobre ella. Sólo la catedral, a un flanco, queda desnuda, orgullosa en su momentánea soledad. Salen al balcón del Ayuntamiento, izan la bandera tricolor, dicen algunas palabras rituales, y en el kiosco situado en el centro de la misma estalla la banda de música una improvisada marsellesa (Sorel, 1976: 34).

A finales de 1931 Machado se instala en Madrid. Son tiempos de discusiones acaloradas en los cafés de la capital, pero también de violencias y de odios. Ante esta situación, el poeta se interroga sobre ese futuro incierto que parece hallarse en el germen de la República, preludiando su consabido desastre final:

Machado escucha, observa, lee, apenas habla: ha envejecido, fuma constantemente. A veces la ceniza se escurre por los pliegues de su chaleco. Parece preguntarse, mientras descansa su mano en el puño del bastón: ¿dónde iremos, qué saldrá de toda esta explosiva aventura, tendrá al fin término? (Sorel, 1976: 35).

El interés, así como el espíritu de provocación de esta publicación, consiste precisamente en la reivindicación de un escritor republicano en abril de 1975, fecha de su primera edición, unos meses antes de la muerte del dictador. Al mismo tiempo, esta reivindicación apunta en cierta medida hacia el PCE, el partido más combativo de la oposición antifranquista y en el que Sorel militó hasta principios de 1974<sup>4</sup>, y que poco tiempo después se verá obligado a renunciar a su identidad republicana a cambio de poder formar parte del juego democrático<sup>5</sup>.

Un año después, en octubre de 1976, Sorel continúa en esta misma línea sobre la memoria de la cultura republicana publicando un ensayo biográfico sobre el poeta

---

<sup>4</sup> «Sorel marchó a París y fue incorporado al staff de confianza del secretario general ocupándose del semanario Información española, dedicado a la población emigrada. Su estrella empezó a declinar hasta apagarse. El mundo del exilio y el berroqueño aparato burocrático en París minaron su entusiasmo y abandonó el partido en 1974» (Morán, 1986: 487).

<sup>5</sup> «[...] la legalización del PCE entrañó una importante coacción ideológica para el partido, en virtud de la cual se difuminó su republicanismo, entendido éste no sólo como apuesta por una forma de Estado, sino como toda una cultura cívica ligada a esa concepción del Estado» (Andrade Blanco, 2012: 73).

Miguel Hernández, titulado *Miguel Hernández, escritor y poeta de la Revolución*. El texto se define en la contraportada como “testimonio poético sobre la vida del escritor”, así como un “desgarrado reflejo de la España vencida”, frente a los estudios *partidistas* de uno y otro bando, ya sea para su mercantilización manipuladora, ya sea para su intelectualización alejada del pueblo. Al mismo tiempo, este texto poliforme se estructura a través de un continuo diálogo ficcional entre Andrés Sorel y su compañera Ana, donde debaten sobre temas como la cultura popular o el papel que debe tener el intelectual en la nueva sociedad de la cultura de masas. En un ensayo que gira fundamentalmente en torno a la muerte, a la cárcel y a la guerra, la evocación de la República también encuentra su espacio propio, sobre todo en cuanto a los acontecimientos de la huelga revolucionaria de octubre de 1934 en Asturias. Así lo relata Sorel, haciendo hincapié en la desinformación interesada de la prensa conservadora de la época:

Había llegado la CEDA al poder. A Gil Robles se opone una huelga casi general, que en Asturias alcanza carácter de soviét. La prensa reaccionaria habla del fusilamiento por los mineros de unos sacerdotes en Turón, de un ingeniero... La prensa reaccionaria calla la larga represión que daría oficialmente más de 1.300 muertos y cerca de 3.000 heridos. Detenidos se dice, pero no su número: cerca de los 40.000. ¿Y la represión violenta, sumaráisima, torturadora? (Sorel, 1977: 65).

Este violento episodio emerge obsesivamente en el pensamiento de Miguel Hernández, que parece no poder olvidar el impacto de la tragedia que se cierne contra esas *gentes de barro*. De manera poética lo expresa Sorel en este pasaje:

En el verano, regresa a Orihuela. Ha hablado mucho de la contrarrevolución dominante en la República: pero a Miguel quien come su memoria, es la tragedia del pueblo de Asturias, mineros, mujeres e hijos de la tierra, que puede en la distancia rememorar mediante los caminos recorridos por la luna que llena sus noches pasadas en la soledad del monte, que gritan al amanecer entre las viñas, que pellizcan a las mozas en los descansos de la trilla en la era, que beben el vino cantado por las chicharras en el tiempo de la cosecha, gentes de barro como él que pueden incendiarse al sol y estallar hasta la locura volviendo de color sangre las piedras y amarilleando los rostros de los poderosos o quienes les protegen y posibilitan (Sorel, 1977: 69).

Más adelante, Sorel retrata igualmente el ambiente conspirativo y el clima de violencia que palpita en España tras el triunfo del Frente Popular, en febrero de 1936. Esta situación límite conlleva al hundimiento por las armas de otra concepción de la sociedad:

Había triunfado el Frente Popular, el 16 de febrero. Viviendas de banqueros o terratenientes, cuartos de banderas o casas particulares de militares antirrepublicanos, preparaban la conspiración. Los partidos parecían más preocupados de luchar por su hegemonía propia, de combatirse unos a otros, incluso de perseguirse, que de defender las últimas posibilidades de la República. En la calle se mataba. En la prensa se insultaba. En el Parlamento, siempre

los elegidos, se discutía, discutía interminablemente. El pueblo, pasivo en gran parte, luchaba por la vida. Otro, el más consciente, desesperadamente intentaba autodefenderse. Los gobernantes, con insistencia, salmodiaban una y otra vez: el orden está garantizado, el orden está garantizado. Mes tras mes se retrasaba el alzamiento militar. Alemania e Italia impulsaban el golpe. Europa Occidental, la Unión Soviética, cerraban los ojos. Al fin, la fecha y las condiciones del mismo, incluso sus participantes, quedaba fijada. España se acostaba en paz y desconocimiento: se despertaría en desconocimiento y sangre (Sorel, 1977: 73-74).

La alusión a las misiones pedagógicas, uno de los grandes proyectos republicanos para llevar la cultura a los lugares más recónditos de una España analfabeta, tiene también cabida en una actualización del ensayo sobre el poeta de Orihuela, publicado en 2010, ahora bajo el título de *Miguel Hernández, memoria humana*. Sobre este proyecto revolucionario, en el que Miguel Hernández participó en 1935, Sorel se muestra visceral en su análisis:

Las Misiones Pedagógicas que le emplean un tiempo, herederas de la Institución Libre de Enseñanza como todas las grandes realizaciones de la República, ocupan su tiempo de febrero a mayo de 1935. En ellas viajan quienes van a dar a conocer reproducciones de los cuadros que alberga el Museo del Prado, representan el teatro clásico español, recitan a los grandes poetas del Siglo de Oro, ofrecen conciertos musicales, proyecciones cinematográficas, hablan de literatura, música y pintura a gentes a las que hasta ahora nadie se había preocupado de llevar esas materias, pueblo al que se le negaba la capacidad de leer, escribir, de desarrollarse culturalmente, porque la nobleza, los terratenientes, la monarquía, los caciques, la Iglesia, prefieren tener vasallos iletrados, sometidos, que nunca lleguen a comprender el valor y alcance de la libertad para que así no se rebelen (Sorel, 2010a: 72-73).

El autor se lamenta del retorno de este avance contra el analfabetismo, ya sea de una manera estructural en la Historia de España, ya sea a través de su reactualización bajo la dictadura franquista. El acceso a la cultura fue sin duda uno de los elementos fundamentales que constituyen la materialización de valores como la libertad y la igualdad, vehiculados por la Segunda República.

Federico García Lorca completa la trilogía de estos poetas de cultura republicana a los que Sorel les rinde un homenaje a través de sus publicaciones. En este caso, en 1977 publica *Yo, García Lorca* en la editorial Zero-Zyx, y será reeditado y aumentado por Txalaparta en 1997. Se trata de un ensayo biográfico estructurado en dos grandes bloques: «La vida» y «La muerte». Fue una publicación osada, ya que parece que al citar el nombre de los posibles asesinos del poeta granadino en su contenido, el autor sufrió diversas amenazas de muerte<sup>6</sup>. Dentro del primer bloque, Sorel alude también al malestar de la Iglesia católica ante esta nueva época, en la que empieza ya a engendrarse una cierta incomprensión frente

---

<sup>6</sup> Como cuenta el autor: «publiqué mi libro *Yo, García Lorca*, en 1977 en la editorial Zyx. Y en *Interviú* un largo trabajo titulado: «Granada, las matanzas no se olvidan». Luego, durante semanas, recibí por teléfono las amenazas de muerte» (Sorel, 2016a).

a lo habitual que termina tornándose en conspiración por parte de ciertos sectores dominantes:

Otros no quieren esperar ni un segundo de pérdida de su poder. Así, el cardenal Segura brama recordando la necesidad de la Inquisición. ¿Por qué no existe ya? Y la República trabaja por abolir esa idea de la mente de los estudiantes. Entonces todos los obispos hacen repicar sus campanas y multiplican sus prédicas llamando a una nueva cruzada. [...] Ronca la voz de los curas: mujeres, os condenaréis, al infierno irán quienes pidan el divorcio o el matrimonio civil. [...] Y los oxidados sudarios, sotanas, escapularios, se contraen estremecidos ante el solo pensamiento de que eso ocurra en el territorio donde antes habitaba el silencio, el silicio, la moral farisaica, el tañido a muerto, la sacristía a cal y canto cerrada. Federico inaugura en Fuente Vaqueros una biblioteca popular. Los señoritos de Granada sacan brillo a las navajas y a los fusiles en las huertas de sus señoriales casas (Sorel, 1997: 126).

En esta descripción, la Iglesia no queda exenta de una cierta animalización debido a su cólera (“bramar”), así como la enumeración acumulativa de elementos represivos de la institución. La escena representa un clima de tensión creciente en el que la amenaza comienza a planear igualmente sobre las cabezas de los señoritos, cuyos privilegios comienzan a verse cuestionados. Ambos sectores comienzan a armarse contra la República.

La cultura republicana se aborda igualmente desde otro de sus personajes más representativos en el ámbito político: Dolores Ibárruri, a quien Sorel le dedica una biografía novelada titulada *Dolores Ibárruri Pasionaria. Memoria humana*, publicada en Exadra en 1989 (septiembre y noviembre) y cuya tercera edición se publica en Libertarias en 1992. En la obra, la voz en primera persona de *Pasionaria* se alterna con la de un narrador omnisciente en tercera persona, trasunto del autor real<sup>7</sup>. En el libro hay algunos pasajes que abordan la ciudad de Madrid como salvaguarda herida de lo que representaron los años de la República. Como señala el narrador:

Madrid contaba un millón de habitantes. Era algo más que la capital de España. Era el símbolo de la resistencia, la puerta de escape de la República o su bastión indestructible. Con palabras de Machado, era «el rompeolas de todas las Españas». Y Madrid, para los facciosos, era una plaza vencida. Con su victoria, con su toma de Madrid, pensaban concluir la guerra (Sorel, 1992: 73).

Y al final del relato, cuando Dolores Ibárruri vuelve a Madrid de su largo exilio en la Unión Soviética, expresa su nostalgia por la ciudad en tiempos de la República. Se lamenta de una ciudad en la que ahora no puede moverse con esa libertad pasada, debido a su celebridad, que le he hecho convertirse en un

<sup>7</sup> Andrés Sorel explica por qué utilizar la ficción literaria para tratar sobre un personaje político en sus memorias: «Escribir sobre Dolores Ibárruri en las postrimerías de su vida, ya en Madrid, suponía para ti ahondar en el hecho de que la literatura era una forma —quizás la más completa y profunda, por eso la más difícil— de examinar la condición humana» (Sorel, 2016b: 214).

símbolo: «Pero en la República, aún podía pasear por la calle, hablar con las gentes por las calles, saber de sus problemas, ayudarles en las cosas cotidianas. Hoy no. Hoy no me quedan ni gentes, ni calles, ni palabras sencillas» (Sorel, 1992: 184).

Si la cultura republicana es palpable sencillamente por la elección de los poetas y políticos que acabamos de abordar, y en cuyo contexto se expresan y se exponen, los personajes de sus ficciones también simbolizan el peso de una época de ilusiones y esperanzas, que pronto se ven truncadas por la fuerza de los acontecimientos.

## La traición contra la Segunda República

En su novela *El falangista vencido y desarmado* (2006), una reelaboración de su anterior novela *La noche en que fui traicionada* (2002), uno de los personajes más representativos de esta cultura republicana es Silvia, que asiste como testigo a los horrores de la guerra en el municipio de Barco de Ávila y que padece en primera persona la represión de la dictadura, que termina por consumirla física y mentalmente. La novela cuenta la relación amorosa quebrantada entre Silvia, de familia republicana, y Enrique, militante falangista. Su relación pasa de la pasión amorosa al abandono más cruel tras la simbólica noche del 18 de julio de 1936, en la que Enrique parte hacia Badajoz para combatir contra la República, sin despedirse de la amada.

Su repentina huida y su falta de noticias implican el comienzo de la neurosis obsesiva de Silvia, como cuenta el narrador: «Se había quedado definitivamente sola. El mundo se derrumbaba a su alrededor» (Sorel, 2006a: 85). Asimismo, el narrador omnisciente de la novela describe el estado de abatimiento de Silvia tras el golpe de Estado franquista. Es un estado doloroso, expresado mediante un tono dramático, aunque poético, lleno de significados metafóricos e imágenes estimulantes alrededor de las lágrimas y de su ausencia. Hay un paso de la expresión de las lágrimas al absoluto silencio, hacia la interiorización del miedo, como observamos en este pasaje:

En las horas de la tarde, cuando ya tuvo plena consciencia de la tragedia que les abatía a todos, navegó por las sábanas del lecho acunado por el manto de lágrimas que pronto envolvió la totalidad de su cuerpo. Ya no poseía capacidad para absorberlas o detenerlas. Pronto dejarían de desbordarla. Que su cuerpo se quedaría seco, tronchado como el árbol al que le han extirpado todas sus raíces, cuya savia se ha secado para siempre (Sorel, 2006a: 86).

No obstante, desde la primera aparición de Silvia en escena percibimos la valoración positiva del personaje a través de la voz narrativa. Se trata de un narrador anónimo y omnisciente que nos desvela numerosos detalles sobre ella, por la que siente una cierta empatía, creando así un efecto más pronunciado de ilusión mimética a través de la focalización interna:

Resplandecía el rostro de la joven, dorado por el ya hiriente sol y sobre todo por la alegría interior que la embargaba. Había recibido carta de Enrique anunciándole su inminente llegada al pueblo. Se sabía observada. Miradas que la recorrían de arriba abajo dejando entrever el deseo que las embargaba (Sorel, 2006a: 36).

Durante la primera puesta en escena de Silvia, notamos que el narrador conoce su estado de ánimo, su correspondencia personal, su percepción de la realidad y su vida psíquica, como si no tuviera secretos para el receptor. Las descripciones de Silvia son siempre positivas, gratificantes y funcionan como una radiografía que da acceso a su interior. La historia es precisa, detallada y da la impresión de una mayor fidelidad. En el ejemplo anterior, el narrador entra en la conciencia del personaje, es consciente de todas sus preocupaciones y sentimientos, y esta focalización interna es una estrategia narrativa que sirve para crear una relación de identificación, incluso de admiración, entre el lector y el personaje de Silvia que, en el fondo, es una encarnación de los valores republicanos.

Por otra parte, asistimos igualmente a una empatía del narrador hacia el personaje de Silvia a través de una serie de *biografemas* que corresponden a la vida del autor real. Así, los padres de Silvia tienen el mismo nombre que los del propio Sorel: Antonio y Eladia. Silvia es estudiante de primaria en Segovia, al igual que el propio autor. Por último, Silvia es una apasionada de la música clásica (Mozart, Beethoven) y de la literatura (Stendhal, Tolstoi, Dostoyevski, Baudelaire, Machado, Leopardi, etc.), precisamente los escritores y compositores favoritos de Sorel, que aparecen a menudo en sus novelas. Estos detalles crean un efecto de identificación, de armonía dentro de la misma comunidad cultural, y por lo tanto sugieren un narrador que se inclina hacia los valores republicanos, frente a las referencias culturales de Enrique, vinculadas a la cultura del fascismo.

Así pues, el personaje de Silvia acumula todas las virtudes: proviene de una familia republicana y culta, es una maestra que ama la música y la literatura, ostenta una gran belleza y permanece fiel a Enrique toda su vida. Su belleza es admirada a todos los niveles: por todos los vecinos del Barco de Ávila, por Enrique e incluso por el narrador, lo cual nos lleva a la frecuencia en modo repetitivo en términos narratológicos. Asistimos así a una especie de adoración o divinización

del personaje. Por ejemplo, al final de *La noche en que fui traicionada*, el narrador describe a Silvia en 1986, a la edad de setenta años, que no ha perdido nada de su belleza anterior. La descripción parece ser la de una pintura renacentista:

El cuerpo de Silvia, a su lado sentada, es frágil, transparente como el vidrio. Piel blanca, suave y sin fisuras. En el rostro apenas se dibujan los pómulos, nacarados, y sobresalen los ojos, grandes y verdes, cuya luz, refulgente y apagada al tiempo, se asemeja a la de los atardeceres en el bosque [...]. Manos estilizadas. Los senos como copos de nieve, bajo los que agoniza una carne suave y esponjosa que se podría abarcar en el hueco de las palmas de las manos (Sorel, 2002: 217).

Tras el final de la Guerra Civil, Silvia ya no sale de su casa por miedo y entra en una espiral mortífera que la lleva inicialmente a la apatía, y luego incluso a la locura, hasta el punto de que habla con su muñeca de la infancia como si fuera la niña que nunca hubiera podido tener con Enrique. Su estado de salud es descrito así por el narrador:

Apenas comía ya, se extinguió la sonrisa en su rostro, se fue apagando la luz de sus ojos, se debilitaba su voz, que conforme la muerte fuera llamando, primero el abuelo, años después sus padres, culminarían su neurosis, pérdida de memoria, incipiente locura que no tardaría en consumirla definitivamente (Sorel, 2006a: 80-81).

La muerte en vida de Silvia, progresivamente, es un trasunto de la muerte por la violencia del propio ideal republicano, abocado al exilio, a la tortura, a la cárcel o a la simple exterminación. Por su parte, el narrador omnisciente también realiza igualmente digresiones sobre el papel de la Iglesia, especialmente a través de su complicidad con el Régimen y con la Falange:

Junto a la iglesia, todos, incluido el sacerdote, brazo en alto, cantan el himno de Falange. [...] Ya se forma la procesión que ha de ir a las escuelas a entronizar el crucifijo en todas las aulas y bendecirlas. De paso se aprovecha para detener a nuevos vecinos denunciados por sus aparentes simpatías hacia los socialistas. La Virgen quiere también su tributo de sangre (Sorel, 2006a: 177).

En este pasaje, la erradicación de todo rastro del espíritu secular de la Segunda República se aborda a través de un sacrificio simbólicamente reivindicado por la Virgen, como en las religiones paganas, y gracias a la imagen de la sangre de cadáveres socialistas en lugar del tradicional ramo de flores. Estos dos últimos elementos comparten el color rojo: las flores y la sangre roja de los *rojos*. La sangre se convierte aquí en una metonimia de la violencia de la *cruzada*.

Otro personaje del que Silvia siente un amor y un orgullo incondicionales es precisamente el abuelo Andrés, vilipendiado por los del pueblo por ser un

«masonazo». El abuelo, como intelectual, vehicula simbólicamente también los valores de la cultura republicana, que ha sabido transmitir a Silvia. El narrador ofrece una visión positiva del personaje, a la vez que sentimental:

En realidad ella, cuanto sabía del pueblo o de la historia de aquellas tierras de Castilla, de sus guerras y sus largos periodos de vida monótona y apacible, se lo debía a él, el abuelo Andrés, el que nació en Pradosegar, el que combatió en Cuba y Filipinas, el que al fin se afincó en Barco y abrió farmacia heredada por su hijos y que ella, única descendiente de aquella familia, no continuaría. De alguna manera, pensaba Silvia mientras contemplaba cómo la niebla iba disipándose, la historia de su abuelo era la historia del propio pueblo y suponía que de múltiples pueblos de España, la historia de un siglo que quiso ser de progreso, tuvo atisbos de libertad y al fin caía, como ocurriera en tiempos de la Inquisición, en la noche más profunda. Incluso el Barco había conocido un floreciente periodo de vida cultural. Su abuelo se convirtió en uno de los principales impulsores del Centro de Cultura, y colaboró en la revista del Sindicato de Turismo. Era una época en que numerosos intelectuales se lanzaban a la conquista fotográfica y literaria, pictórica, de Gredos (Sorel, 2006a: 209).

En el fondo, la novela funciona en cierta medida como una reflexión literaria sobre el fracaso de las ideas frente a la máquina dictatorial franquista, que deseaba permanecer en el poder a toda costa. La novela narra el hundimiento de la esperanza individual y colectiva, así como la destrucción de la Segunda República y del amor a causa de la guerra.

Otra puesta en escena de la traición que sufren los republicanos tiene lugar en el último capítulo de *Las guerras de Artemisa* (2010), novela protagonizada por el periodista y escritor Manuel Ciges Aparicio, cuya disidencia frente al poder autoritario del general Valeriano Weyler le vale una pena de prisión en Cuba. Fue un personaje que nunca claudicó de sus ideales, que nunca se sometió a la autoridad. A través de una temporalidad que continúa manteniendo un vínculo significativo entre las lógicas perversas del pasado y su eterna perpetuación en el presente, Ciges es asaltado en su casa en los inicios de la Guerra Civil. Gobernador civil de Ávila durante la República, el protagonista piensa instintivamente en el sanguinario Weyler al ver traspasar la puerta de su domicilio a los jóvenes falangista. De hecho, el capítulo se titula «1936. Los hijos de Weyler». El capítulo se abre abruptamente, de la misma forma en que penetraron en su domicilio los rebeldes. El narrador lo expresa mediante una focalización interna:

Entraron violentamente en sus habitaciones, vestidos con el uniforme de Falange, apartándole de sus hijos, echando a un lado a su mujer, las pistolas en mano. Le vino a la mente, pese a la sorpresa que le invadió, un único pensamiento que imposibilitaba preguntas y aclaraciones: vienen a por mí, van a matarme, es el final. E inmediatamente, un rostro se asoció al de aquellos más jóvenes que le contemplaban con desprecio y odio: el de Valeriano Weyler. Eran sus descendientes. Otra vez la historia maldita de España. El general había muerto hacía seis años y ya encontraba asesinos que le reencarnaban (Sorel, 2010b: 273).

El personaje del vencido es uno de los principales hilos conductores dentro de la obra comprometida de Andrés Sorel, ya sea desde el ensayo o desde la narración, pues para el autor las fronteras genéricas siempre han sido porosas e interconectadas. Igualmente, su infatigable compromiso con la cultura y con los valores republicanos se ha transmitido mediante su acción social.

## La perpetuación de los valores republicanos

A su vuelta del exilio a mediados de los años setenta, durante la efervescencia cultural de la Transición, Andrés Sorel no solo publica obras literarias y ensayos, sino que también se dedica a colaborar para revistas políticas, literarias, culturales o especializadas. Por ejemplo, comienza una serie de trabajos sobre algunos momentos claves de la Transición Española en *Exprés Español*. Esta revista mensual vinculada al SPD alemán, editada por Peter Corterier, fue impresa en Frankfurt y dirigida a los inmigrantes españoles residentes en Alemania entre 1970 y 1977. Sorel escribió allí crónicas políticas entre 1974 y 1977. Su actividad en la revista cultural mensual de orientación marxista *El viejo topo* es también muy importante. Sorel publicó una gran variedad de artículos entre 1979 y 1982: trató temas literarios como los escritores León Felipe y Alfonso Sastre, o temas políticos como la cultura revolucionaria, la represión o la relación entre capitalismo y alimentación. De la misma manera, participó en la revista cultural *Ozono* durante 1978, escribiendo algunas crónicas sobre temas como los presos políticos, los acontecimientos de mayo del 68 o el estado de salud de la izquierda. También colaboró en semanarios de información política como *Posible*, *Cambio 16*, *Ciudadano*, *Doblón*, o en revistas como *Gentes* o *Hacia el socialismo*. Sobre la cuestión de la violencia en el País Vasco, colaboró puntualmente en revistas como *Punto y Hora de Euskal Herria* y *Herria 2000 Eliza*. En todos sus artículos, Andrés Sorel expresa un punto de vista disidente y antihegemónico que viene a resquebrajar el edificio sobre el que se erige el relato de la Transición. La evocación de autores malditos o políticamente incorrectos para la ideología dominante, así como la dimensión memorial y el análisis de los puntos débiles de esta nueva sociedad posmoderna son elementos que contribuyen a ello.

Otro de los grandes proyectos —aunque finalmente fallido— por una información renovadora, crítica y revolucionaria, desde un tono desprendido e irónico, consistió en la creación del diario *Liberación* (1984-1985), que pretendía ofrecer un punto de vista alternativo a la izquierda del PSOE, representada

fundamentalmente por el diario *El País*. Andrés Sorel fue su fundador, y en él contribuyó a ofrecer una faceta más radical de la cultura de masas. Este diario representó de manera efímera el ideal de ruptura de la Transición, que terminó fagocitado por la opción reformista. Así, en la publicación número 0 de *Liberación*, en un artículo titulado «De cómo se gestó *Liberación*», se afirma lo siguiente:

La idea flotaba en el ambiente desde 1981: había que contar con un medio de comunicación que diese voz a aquellos que durante la transición habían participado en los movimientos sociales y que ahora, estabilizado el sistema, necesitaban hacerse oír y no tenían un respaldo en los medios de información.

Finalmente, las dificultades económicas, la voluntad expresa de no depender la publicidad, así como el débil apoyo institucional o la desconfianza del PSOE y del PCE, terminaron resquebrajando este innovador proyecto de utopía periodística.

Por otra parte, Andrés Sorel fue director de la revista literaria *República de las Letras*, desde 1985. Esta revista pertenece a la *Asociación Colegial de Escritores de España* (ACE), de la que fue secretario general entre 1985 y 2015, y donde ha sido responsable de la organización de congresos desde su fundación en 1976. La revista *República de las Letras* se publica unas cinco veces al año, alcanzando un total de 133 números hasta la fecha. Cada número monográfico está dedicado ya sea a un escritor o intelectual español, europeo o latinoamericano (María Zambrano, Rafael Alberti, Juan Goytisolo, Antonio Gamoneda, José Saramago, José Luis Sampedro, Virgilio Piñera, Gabriel Celaya, Alfonso Sastre, etc.), ya sea a una temática particular (por ejemplo, la literatura de la Guerra Civil, la literatura producida en un país específico, escritores y televisión, etc.), o a un tema relacionado, como la enseñanza de la literatura, la crítica literaria, el derecho de autor o los peligros de la publicación y la traducción. Andrés Sorel interviene escribiendo un artículo en la introducción o realizando entrevistas a los autores de la monografía. Esta publicación, cuyo nombre está lejos de ser anodino<sup>8</sup>, ha contribuido durante años a ofrecer una visión alternativa al canon literario dominante y a vehicular valores de liberación de fuerte impronta republicana. En este sentido, David García Aristegui estima que, a diferencia de la SGAE, la ACE «defendió posiciones

---

<sup>8</sup> Fernando Larraz define el concepto de *república de las letras* como una «expresión con la que se nombró a ese naciente ámbito público al que el uso de la razón había otorgado un estatuto autónomo respecto de la obediencia debida al Estado y a la Iglesia y a sus respectivos códigos de comportamiento, cuyos miembros no habitaban el espacio abstracto del pensamiento, sino que formaban una red de intercambio cultural libre de todo control político» (Larraz, 2014: 45).

políticas de izquierda, excepcionales precisamente por chocar frontalmente con el consenso de la CT [Cultura de la Transición]»<sup>9</sup>.

A nivel político, Sorel ha participado en homenajes a figuras históricas progresistas, como Ernesto Che Guevara y Dolores Ibárruri *Pasionaria*, o en conferencias en honor a la Revolución Cubana, celebradas en las sedes de partidos políticos de extrema izquierda, en asociaciones culturales o en mesas redondas. También participó activamente en la sociedad de su tiempo firmando numerosos manifiestos por la libertad y los derechos humanos, a menudo publicados en plataformas de Internet. Por ejemplo, podemos mencionar los que están a favor de la Revolución Cubana, a favor de la paz en el País Vasco español, en contra de la guerra de Irak o a favor de la Tercera República española. En este caso, constatamos su firma en dos manifiestos: «Con orgullo, con modestia y con gratitud», publicado en abril de 2006<sup>10</sup>, y «Convocatoria para construir la III República», promovido por Julio Anguita y publicado en 2008<sup>11</sup>.

Asimismo, Andrés Sorel ha colaborado como conferenciante en las *Jornadas sobre la Cultura de la República* promovidas por el profesor Julio Rodríguez Puértolas en la Universidad Autónoma de Madrid desde 2003. Por ejemplo, Sorel abordó la cuestión de los escritores de este periodo en su ponencia «Los escritores y la República», posteriormente publicada. En ella insiste sobre la importancia que tuvo la República para el avance de la cultura y el progreso humano, aludiendo

---

<sup>9</sup> David García Aristegui, «Un Ministerio de Cultura en la sombra: SGAE, propiedad intelectual y CT», en Guillem Martínez (Coord.), *CT o la Cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española*, Barcelona, Debolsillo, 2012, p. 101-113. Cita p. 110.

<sup>10</sup> En el 75 aniversario del nacimiento de la Segunda República, los firmantes del manifiesto reivindican la memoria del periodo republicano en cuanto a sus avances sociales y culturales. Este texto lucha contra la manipulación y el derrotismo interpretativo: «Frente al colosal impulso modernizador y democratizador que acometieron las instituciones republicanas —siempre con la desleal oposición de quienes creían, y siguen creyendo, que este país es de su exclusiva propiedad—, todavía se nos sigue intentando convencer de que la II República fue un bello propósito condenado al fracaso desde antes de nacer por sus propios errores y carencias. Los firmantes de este manifiesto rechazamos radicalmente esta interpretación, que sólo pretende absolver al general Franco de la responsabilidad del golpe de estado que interrumpió la legalidad constitucional y democrática de una república sostenida por la voluntad mayoritaria del pueblo español, con las trágicas consecuencias que todos conocemos». Igualmente, insisten en la construcción de una sociedad avanzada para la España actual: «Por una España verdaderamente moderna, laica, culta, igualitaria, por su definitiva normalización democrática, y por el progreso armónico del bienestar de todos sus ciudadanos». Recuperado de <http://www.errepublika.org/república-manifiesto%20CON%20ORGULLO.htm>.

<sup>11</sup> En este manifiesto podemos constatar el cuestionamiento de la legitimidad de la Constitución de 1978, que «en absoluto redactada por unas Cortes Constituyentes, obvió el acuerdo solemne de la última legitimidad, las Cortes de la República que, el 21 de noviembre de 1931, declararon fuera de ley al que fue Rey de España a la vez que inhabilitaban para siempre a sus sucesores para reinar». Recuperado de <http://mientrastanto.org/boletin-59/campanas/convocatoria-para-construir-la-iii-republica>.

a los intelectuales extranjeros que la defienden: «Cuando la guerra pretende devorar y destruir esta marea transformadora, intelectuales de todo el mundo acuden a defender la República. Es ahí donde se demuestra la vigencia y el alcance que había tenido la transformación cultural de España en esos pocos años» (Sorel, 2009: 295). En otra ocasión, Sorel ha hablado sobre Florentino Hernández Girbal, otra biografía que presentó el 20 de abril de 2012, en el marco de las *X Jornadas sobre la Cultura de la República* de la UAM. En su conferencia titulada «La defensa de la República después de la derrota», Sorel explicó que Girbal «era alguien para quien la República nunca había desaparecido. Siempre siguió defendiéndola, y el precio que pagó fue el silencio».

Sin embargo, no encontramos ninguna mención especial a la Segunda República en los numerosos artículos publicados en su blog *La antorcha del siglo XXI*, entre 2007 y 2018, un espacio que emula en su título a la conocida revista *Die Fackel* publicada por Karl Kraus de 1899 a 1936, fecha de su muerte. Para Andrés Sorel, la prioridad parece estribar en combatir por todos los medios, especialmente a través de la cultura, una sociedad que él llama del *no pensamiento*, y la forma de Estado ideal que dimane de ella sería una consecuencia de esta lucha. Esta idea se adecua a los ideales republicanos de la emancipación de la sociedad a través de la cultura, especialmente al krausismo, del que Antonio Machado es heredero. Sin embargo, este propósito conlleva un riesgo en el caso de Sorel, y es el hecho de que, por su independencia frente a cualquier tipo de asociacionismo y por la marginalidad a la que es sometido, su ideal no pueda llegar al gran público y solo sirva para reconfortar a una élite intelectual previamente convencida. Según el autor, una élite financiera dirige el mundo y controla los medios de comunicación, que configuran el pensamiento dominante. El desafío hoy estribaría en cómo el ciudadano es capaz de crear nuevas formas de resistencia para escapar de esta influencia. Como señala Sorel en sus memorias a propósito de Podemos:

No ha de buscarse alcanzar el poder como meta final, sino convencer a una mayoría de la población —y aquí entra en juego el papel representado por la educación, la cultura, ideologías y fantasmas de alienación, más el peso de la herencia histórica que lleva vigente decenas de años conformándola— de que no solo su voluntad y propuestas sino la participación racional y colectiva puede iniciar el camino que la saque de su pasividad, conformismo y resignación (Sorel, 2016b: 434).

Así culmina esta fructífera andadura literaria y humana, llena de ilusiones y nuevos proyectos así como de amargor y de fracasos. A través de la escritura y de la participación social, es decir, como escritor y como intelectual, Andrés Sorel ha intentado con mayor o menor acierto, a veces desde la soledad de la incompreensión

o de la marginación, contribuir a la emancipación del ser humano y al despertar de su conciencia crítica. Su marginación como intelectual en el marco del post-franquismo debido a su adhesión al pensamiento marxista y a la reivindicación implícita de la cultura republicana, son factores que han contribuido a la ruptura del consenso de la Transición, pero igualmente a su invisibilidad como autor y como intelectual comprometido<sup>12</sup>.

En la obra de Andrés Sorel se vehiculan los valores republicanos, de izquierda, progresistas y anticlericales, pero sin una reivindicación explícita ni panfletaria de este periodo histórico. Se percibe más por la elección de unas determinadas temáticas y autores en sus libros que por una simple apelación republicano, ante el cual el autor se posiciona con un cierto escepticismo crítico. En sus obras ficcionales, la puesta en escena de los vencidos a través de técnicas narrativas como la focalización interna busca la complicidad del personaje descrito y, en última instancia, la empatía del lector hacia él. Como se constata a lo largo de toda su producción, es precisamente este escribir *contra el poder*, contra la clase y la cultura dominantes, uno de los rasgos esenciales de la escritura comprometida de Andrés Sorel<sup>13</sup>.

A través de estos ejemplos, vemos que el autor segoviano concibe la escritura desde una perspectiva republicana, como *res publica*, es decir, como lo que es de interés general, y no basado en los intereses de una élite o de una minoría, contra la que en general dirige sus obras ensayísticas o literarias. En ese sentido, podemos preguntarnos cuál sería el sistema político ideal para Andrés Sorel. Probablemente, no una república sin más, sino más bien una sociedad antiautoritaria, madura y autogestionada, en donde el ser humano siga planteándose reflexivamente el porqué de su existencia y su quehacer en el mundo, y no aquella que parece —según sus palabras— transitar cada vez más por los caminos del “neofascismo” y hacia el abismo del “no pensamiento”. Dicho de otro modo: hacia todo lo opuesto a los valores de la cultura republicana.

---

<sup>12</sup> Ausente de los medios de comunicación, su postura política radicalmente crítica lo ha llevado a tener dificultades para encontrar un espacio en la sociedad actual. En general, sus obras literarias han sido publicadas en editoriales pequeñas, independientes o ya inexistentes. En este sentido Sorel ha seguido la misma trayectoria que intelectuales como Alfonso Sastre o José Bergamín, en cierta manera exiliados dentro de su país, y víctimas de una cierta invisibilidad.

<sup>13</sup> Véase a este respecto mi tesis doctoral, titulada *Écriture et engagement dans les romans d'Andrés Sorel (1963-2013)*, defendida en la Université Grenoble Alpes en diciembre de 2018. Recuperada de <https://tel.archives-ouvertes.fr/tel-02017596>.

## BIBLIOGRAFÍA

Andrade Blanco, J. A. (2012). *El PCE y el PSOE en (la) transición*. Madrid: Siglo XXI.

Claudín, V. (1977). «Andrés Sorel: La discrepancia es positiva y necesaria». *Ozono*, 22, 31-32.

Galeote, T. (1 de noviembre de 2008). «Andrés Sorel: “La Iglesia es el mayor cáncer de la sociedad española”». *El otro país de este mundo*. Recuperado de <http://www.grupotortuga.com/Andres-Sorel-la-Iglesia-es-el>.

García Aristegui, D. (2012). «Un Ministerio de Cultura en la sombra: SGAE, propiedad intelectual y CT». En G. Martínez (Coord.), *CT o la Cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española* (pp. 101-113). Barcelona: Debolsillo.

Gil Pecharromán, J. (1997). *La Segunda República*. Madrid: Historia 16.

Goytisolo, J. (1982). *El furgón de cola*. Barcelona: Seix Barral.

Larraz, F. (2014). *Letricidio español. Censura y novela durante el franquismo*. Gijón: Trea.

Morán, G. (1986). *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*. Barcelona: Planeta.

Sáinz-Pardo González, C. (2018). *Écriture et engagement dans les romans d'Andrés Sorel (1963-2013)*. (Tesis doctoral, Université Grenoble Alpes). Recuperada de <https://tel.archives-ouvertes.fr/tel-02017596>.

Sorel, A. (1976). *Guía popular de Antonio Machado*. (2ª ed.). Madrid: Zero-Zyx.

\_\_\_\_ (1977). *Miguel Hernández, escritor y poeta de la Revolución*. (2ª ed.). Madrid: Zero-Zyx.

\_\_\_\_ (1992). *Dolores Ibárruri Pasionaria. Memoria humana*. (3ª ed.). Madrid: Libertarias.

\_\_\_\_ (1997). *Yo, García Lorca*. Tafalla: Txalaparta.

\_\_\_\_ (2002). *La noche en que fui traicionada*. Barcelona: Planeta.

\_\_\_\_ (2006a). *El falangista vencido y desarmado*. Sevilla: RD.

\_\_\_\_ (2006b). *Siglo XX. Tiempo de canallas*. Tafalla: Txalaparta.

\_\_\_\_ (2009). «Los escritores y la República». En J. Rodríguez Puértolas (Coord.), *La República y la cultura: paz, guerra y exilio* (pp. 293-296). Madrid: Akal.

\_\_\_\_ (2010a). *Miguel Hernández, memoria humana*. Madrid: Vitruvio.

\_\_\_\_ (2010b). *Las guerras de Artemisa*. Córdoba: El olivo azul.

\_\_\_\_ (27 de julio de 2013). Entrevista inédita de C. Sáinz-Pardo. Barco de Ávila.

\_\_\_\_ (2016a). «1936-2016. La búsqueda de García Lorca y del pasado. Memoria del terrorismo franquista sobre Granada». *La antorcha del siglo XXI*, 115, 01/07/2016. Recuperado de <http://andressorel.blogspot.com/2016/07/>.

\_\_\_\_ (2016b). *Antimemorias de un comunista incómodo. De la Pirenaica a Podemos*. Barcelona: Península.